

con su larga flecha terminada en un hierro dentado, me hizo una seña para que mirase al río. Algun tiempo me costó descubrir el objeto señalado, hasta que al fin ví á bastante distancia un punto negro

parecido á una cabeza que se dirigia hácia nosotros. En los primeros momentos creí que era algun isleño vecino que venia á visitar á sus compatriotas; no obstante, deseché esta suposicion atendiendo á la dis-

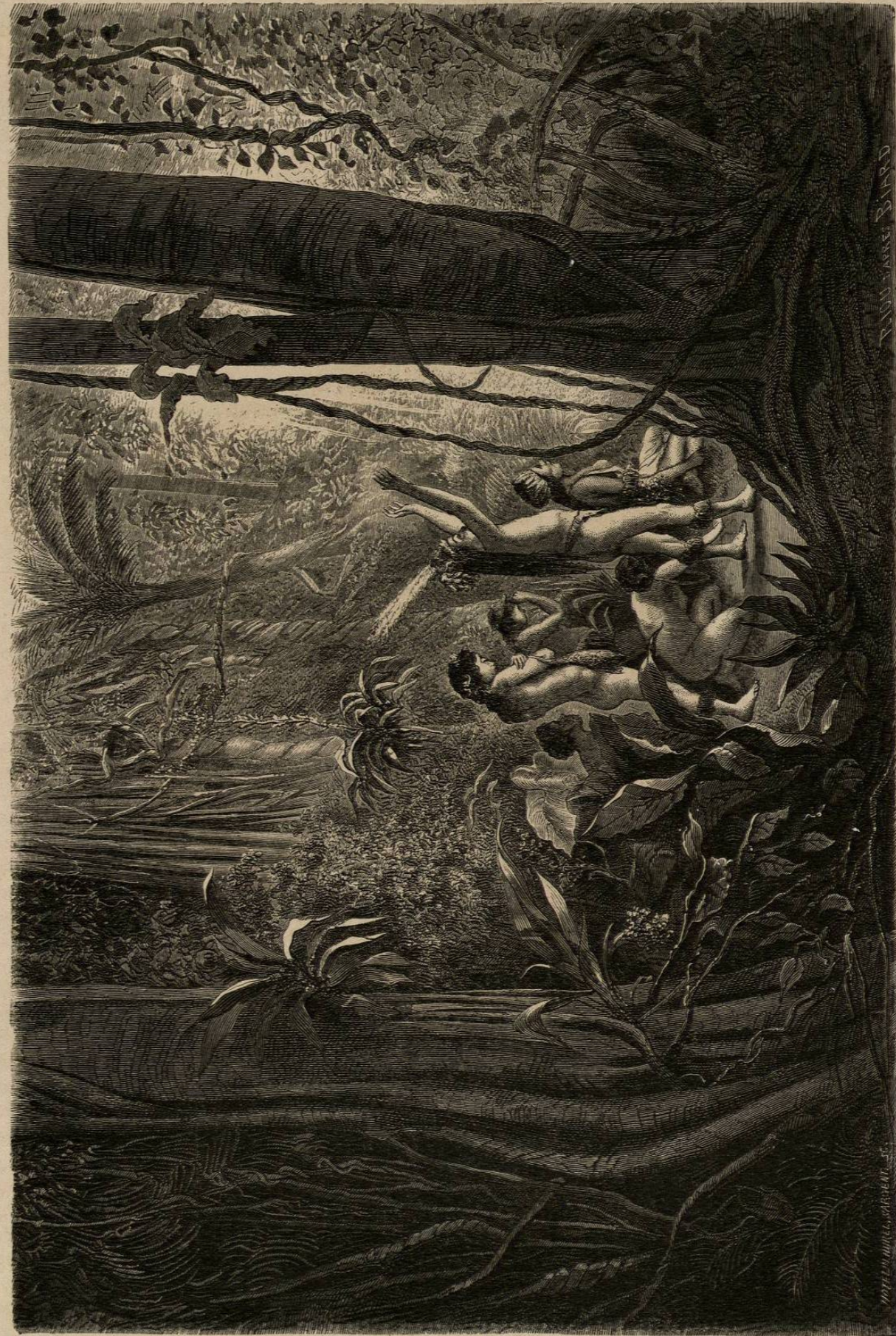


En las márgenes del río Negro.

tancia que debía atravesar á nado, y á la imposibilidad de habernos visto desde tan lejos. Pero si no era un hombre ¿qué podía ser? Era un jaguar que se nos venia encima directamente, y cuya cabeza se nos hizo visible muy pronto. El nos habia visto; pero no le era ya posible retroceder para ganar la orilla opuesta.

No pudiendo contar con Policarpo, por hallarse

ocupado en coger huevos de tortuga, y mucho menos con el guardia nacional y su inofensivo fusil, aproveché la bala de mi escopeta para el caiman y lo esperé. Me palpitaba con fuerza el corazón, pues era necesario herir aquella cabeza que entonces veía distintamente. En trance tal invoqué el recuerdo de Gerardo, mi antiguo amigo; mas, en el acto de apuntar, el animal se volvió repentinamente y se di-



Oracion al sol en los bosques del Amazona.

rigió á otra parte como si hubiese adivinado mi intención. Corrí para ponerme en frente de él y esperar el momento en que saliese á tierra, pues quería matarlo á boca de jarro para mayor seguridad; cosa que me impidieron las espinas y las lianas erizadas de puas; y estando descalzo no pude trepar por un montecillo que me separaba del sitio donde el jaguar iba á tomar tierra, á espaldas de él. Sin esperanza ya de matarlo, disparé á la casualidad, y sin duda le alcanzó algo el tiro porque aceró á toda prisa una pata á la cabeza para rascarse la oreja izquierda, como lo hubiera hecho un gato. Perdido de vista un instante, y cuando volvió á dejarse ver al otro lado del montecillo, se escondió en lo mas espeso del bosque.

Al volver á la canoa preparé los pájaros que habia cazado. El llamado *cigana* es del tamaño de una gallina pequeña, de color malva-violeta, y tiene un penacho en la cabeza; los bordes de su pico son de color azul celeste, y sus ojos de encarnado-laca.

Mas allá compré á mi paso una tortuga por cuatro *patacas* (1), y una gallina por tres.

Constantemente habíamos navegado cerca de la costa de una dilatada isla, en la que no se podia pensar en desembarcar, porque no era sino una inmensa serie de escalones de cieno, sobre los cuales se inclinaban algunos árboles medio arrancados. Al llegar á la estremidad de la isla encontramos una estensa playa, y todos se apresuraron á arrojar al agua y amarrar la canoa, empezando entonces la caza y la pesca segun las respectivas inclinaciones.

La playa se extendía á larga distancia, y no pudiendo procurarnos leña para preparar nuestra tortuga sino atravesando una laguna, tomamos el partido de embarcarnos é ir á la ventura costeano la playa. Yo me quedé en tierra y la canoa me siguió. De este modo llegamos á la estremidad de la duna, donde tuvimos la buena suerte de encontrar una costa mucho mas alta que el nivel del agua y gran número de baobabs-caobas. El terreno era pedregoso, lo que nos facilitó la subida hasta el vértice sin meternos en el agua. Saqué dos dibujos de aquellos caobos, cuyas raices habia lamido el Amazonas en sus desbordamientos, y las que, á semejanza de las del mangle, parecían hallarse asidas al suelo solo por medio de hilos.

Los indios encendieron fuego; yo habia comprado una gran olla de tierra, y ellos sacaron los huevos, de los que cada uno llenó una gran calabaza que alternativamente les servia de asiento y de vaso. Añadieron luego cierta cantidad de agua, con la que se formó una pasta deliciosa para ellos; lo mismo habian ya hecho con los huevos de la *tracajá*; y fieles guardadores de las costumbres indias, no me

(1) La *pataca* vale 24 céntimos.

invitaron á comer. Pero yo, que habia contado con que esto sucederia, tomé una docena, que asados en el rescoldo me parecieron esquisitos.

El interior de la tortuga se hizo tambien cocer, y el caparazon, al que habia quedado adherida mucha carne, fue pasado por una varilla de hierro y asado sin condimento alguno. Teníamos provisiones para muchos dias, y tomando cada uno su parte, comió lo que quiso. Yo me posesioné de la game-lla, la puse entre mis piernas, mojé mi galleta en el caldo, que me pareció delicioso, y tuve una opípara comida. Luego vino la distribucion de la cachassa, cuya cantidad aumenté para estimular á mi gente.

El rio Madeira.—Perfidia de Policarpo.—Gaviotas.—Escarlata.—El golfo de arena.—Indispensable castigo.

Fatigosa en alto grado era la travesía que necesitábamos hacer para llegar á la orilla derecha y entrar en las bocas del rio Madeira. El guardia nacional, que nada útil habia hecho hasta entonces, se mostraba digno rival de Policarpo. Pero esta vez era forzoso trabajar, porque no se trataba de seguir sin esfuerzo la corriente, sino de atravesar un caudaloso brazo del Amazonas. Di el ejemplo empuñando un remo, puse otro en manos del guardia nacional, y la canoa volaba sobre el agua, en términos, que antes de dos horas entrábamos en el Madeira, tan poco conocido, y destinado á realizar todas mis esperanzas.

Una mañana, despues de una noche pésima, fuimos á dar sobre un banco de arena, no lejos de una inmensa parte de terreno arrastrado por las aguas, en forma de anfiteatro con sus graderías muy regulares. Era una pequeña península baja que podia servir para plantar mi tienda, y por lo tanto hice desembarcar todo lo que necesitaba, viendo que el horroroso Policarpo añadía nuevos gestos á los que le eran habituales, al tomar de mis manos cada uno de los objetos que sacaba de la canoa.

Hice cuatro *clichés*. Mi único vestido era un pantalón, pues otra cosa hubiera sido imposible bajo aquella tienda calentada por el sol á no sé cuántos grados; pero sí sé que en menos de un minuto se empapó de sudor de modo que parecia que habia sido metida en el agua. Mis compañeros habian contraído la costumbre, asi que la canoa se acercaba á tierra, de zambullirse en el rio, procurando no alejarse. Supuse aquella vez que no sabiendo nadar se verian obligados á permanecer á bordo. Como yo tenia dos pantalones manchados de nitrato, que me mudaba cuando uno estaba mojado, me arrojé al agua tal como en aquel momento me encontraba, y para mostrar mi superioridad, hice muchas tretas usadas entre los nadadores.

Mientras nadaba internándome en el rio los cuatro indios se sentaron, y por cierto movimiento de los labios propio de Policarpo, advertí que señalaba con la cabeza algo que yo no veía. Todas las miradas se dirigieron hácia el mismo punto, pero nadie hizo otro movimiento, y mis cuatro hombres se mantuvieron inmóviles. No sé por qué hice entonces algunas brazadas, y despues de tomar tierra me puse á correr sin explicarme la causa de aquel instintivo terror. Al llegar cerca de los indios, lo adiviné todo. Atraído por aquellas hermosas violetas que ya habia visto en gran número en el Amazonas, iba á entregarme directamente á los caimanes descubiertos y señalados por mi fiel Policarpo á sus camaradas, quienes esperaban como él el trágico resultado de un encuentro probable. Si habia cometido la imprudencia de entregarme tan incondicionalmente, juré de nuevo proceder con cautela; y puesto que vivia con indios civilizados, es decir, al lado de hombres con quienes no podia contar y de los que debia preservarme, obrar tambien á lo indio. Al salir del Pará habia tenido ya idea de dar á Policarpo una cantidad de dinero equivalente á mas de la mitad de su salario, y me proponia hacer lo mismo respecto de los otros; pero lo que acababa de ver y lo que ya sabia acerca de su carácter, no me estimuló á perseverar en mis benévolos propósitos.

Hemos empujado nuestra canoa hácia el centro del rio, con una piedra atada á un largo cable hecho con la corteza del piatoba, y hemos pasado una noche tranquila al zumbido de los mosquitos blancos que á lo lejos se asemejaba á una tempestad.

Por primera vez encontramos en el Madeira una canoa tripulada por tres indios, los que prefirieron un anzuelo al dinero, por venderme un pescado que acababan de matar con una flecha. No he comido en toda mi vida manjar mas sabroso que aquel pescado asado en la estremidad de una varilla de hierro, único medio de que se valen los indios.

Desde ayer tenemos chubascos todos los dias, mas no por esto refresca el tiempo. Me he puesto de nuevo á dibujar en mi grosero papel de embalaje. Subiendo el rio habia sacado algunas vistas, y como los bosques eran cada vez mas magníficos, habia mandado remar en uno de los costados, sin mas dificultad que la de la eleccion de asuntos, pues todos eran igualmente hermosos.

Entre otras cosas estrañas veia inmensos columpios de flores poblados, no por bandadas, sino por legiones de pájaros, que parecían puestos en movimiento por brazos invisibles. Centenares de nidos colgaban á manera de frutos de corpulentos árboles, y se mecían á la mas ligera ráfaga de viento; de casi cada uno de ellos salía una cabeza provista de un pico de color blanco y rosa; eran caciques, y me fue

fácil procurarme algunos; pero intentando hacer comer á los hijuelos que en los nidos se hallaban, descubrí en cada uno una particularidad inesperada: tenían dentro de la carne tal número de parásitos que algunos estaban casi devorados por ellos. Una mosca deposita sus huevos en los nidos, siempre en gran número; los huevos, formados de una sustancia viscosa se adhieren al cuerpo de los tiernos caciques, y al llegar la época de la incubacion, las larvas se les introducen debajo de la piel, y crecen de tal manera que he encontrado algunos del tamaño de una judía. Aquellos pobres pajarillos estaban hinchados por todas partes, porque el agujero practicado por las larvas habia sido tapado por la parte posterior, siéndome preciso ensancharlo con la punta del escalpelo para sacarlas.

Hice entrar la canoa hasta el centro del rio, un poco estrecho en aquel sitio, y echamos al fondo nuestra piedra. Por la noche un recio viento no hizo temer vernos arrastrados á pesar de la piedra, que afortunadamente resistió, pero hubimos de amarrar en una de las orillas, sin temer por entonces á los mosquitos, espulsados siempre por la brisa mas débil. Los indios, no pudiendo resistir esta tormenta, se estrecharon unos con otros, corriendo sobre sí la estera; por fortuna no llovía; mis pobres monos prorumpían entre tanto en lastimeros chillidos. Yo me habia cubierto con mi capa, pues no quise esta vez instalarme al aire libre; pero como no estaba cerrada ni por delante ni por detrás, el viento la hinchaba algunas veces como si fuera un globo, á pesar de mis esfuerzos para ceñírmela.

La salida del sol hizo, contra lo acostumbrado, caer el viento; reparáronse las averías, vacióse la canoa, hice lo mismo que los demás con mi calabaza, y volvimos á internarnos en el rio.

Habíamos pasado todo el dia delante de unos hundimientos de terreno que presentaban casi en su totalidad el aspecto de que ya he hablado, esto es, de circos cuyos escalones estaban formados por capas de tierra movediza, separados por corpulentos árboles arrancados de raíz, y detenidos allí por numerosas lianas que los sujetaban á los que el rio no habia podido arrastrar. Habia hecho acercar la canoa hácia aquel lado, porque además de mi deseo de sacar dibujos, tenia la probabilidad de matar algun pájaro ó algun mono de los que veía á lo lejos.

Aunque los indios no espresan sus pensamientos, creí adivinar que este cambio de orilla no les fue agradable. Policarpo se habia puesto á perorar. El horroroso Policarpo tomaba en sus narraciones un aspecto tan apacible que me hacia olvidar la deformidad de su semblante. Empezaba á hablar en un tono ordinario, y luego poco á poco iba bajando la voz, de modo que me parecia oír á lo lejos un canto

melodioso que me magnetizaba. ¿Qué decía? ¿Contaba la historia de los individuos de su raza, despojados de sus dominios de hojarasca, donde reinaban antes de la época en que los blancos los espulsaron de ellos? ¿Hablaba de las alegrías desconocidas que en otro mundo les esperaban? Lo ignoro; pero le escuchaban en silencio, mientras el remo hendía las aguas. Policarpo solía dormirse con la mano apoyada en la caña del timon, y á mi pesar, y no obstante la antipatía que su malquerencia hacía mí me inspira-

ba, lo olvidaba todo y le perdonaba... pero pronto se encargaba de volver á irritarme. Esta vez, por ejemplo, fue despertado por sus camaradas, que como yo habian visto al salvar la canoa un recodo, una tierra blanca. Avanzando, creí distinguir unos pájaros grandes de color de rosa que al pronto me parecieron flamantes; con ansia deseaba verme en tierra, pues cuanto mas nos acercábamos á ella mas riquezas que conquistar se presentaban á mis ojos, y entre otras un pájaro mucho mayor que los demás, dormido al pa-



M. Biard se encoleriza.

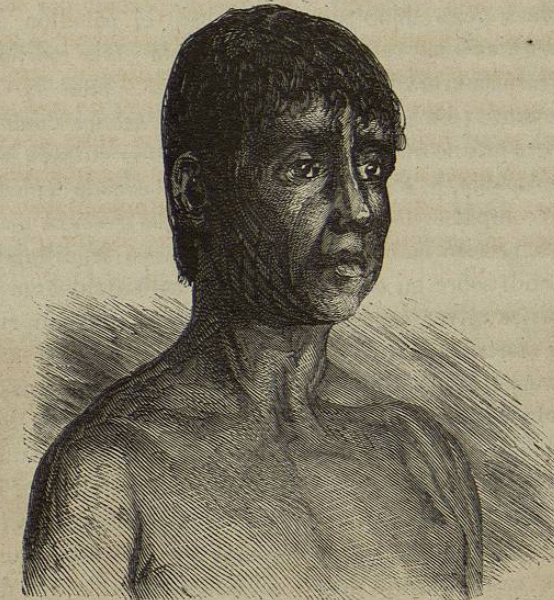
recer sobre una de sus largas patas. No bien la canoa tocó el fondo, aunque todavía estaba lejos la tierra seca, me puse en pie dispuesto á saltar apenas los indios amarrasen aquella, segun su costumbre, único caso en que se daban un poco de prisa. El guardia nacional solía arrojar al agua cuando aun le llegaba á medio cuerpo, con su chacó ó sin él, segun la altura del sol; por su parte, los dos remeros hacian lo mismo, mientras Policarpo siempre prudente cuando se trataba de trabajar, se ponía á buscar un objeto que solo lo encontraba cuando ya no temia tener que ayudar á sus camaradas.

Esta vez el guardia nacional no dejó la canoa, y miraba no sé qué; los remeros esperaban remo en mano, y Policarpo estaba sentado todavía. Al ver esto, le pregunté: «¿Vamos á estar así eternamente?»

Dióme una respuesta evasiva, y los indios permanecieron inmóviles. Entre tanto, el pájaro encarnado se habia posado sobre la otra pata, y aquellos holgazanes iban á ser causa de que de las mil riquezas que tenia en perspectiva no llegase á mis manos una sola. No escuchando sino mi impaciencia, habia puesto ya un pie fuera de la canoa, cuando sorprendido al ver aquella inmovilidad á que no estaba acostumbrado, en lugar de arrojarme armado con mi escopeta lo mas cerca posible de la orilla, como iba á hacerlo, cogí un palo de 15 pies de largo que nos servia de mástil y estaba en aquel momento tendido á lo largo de la canoa, y lo metí en el agua hasta mas de la mitad, sin haber tocado el fondo.

No puedo explicar lo que pasó por mí cuando no pude abrigar la menor duda acerca de lo que me

esperaba un dia ú otro; sentíme acometido de un temblor nervioso que por un momento paralizó mis facultades. Empuñaba aquel palo con las manos crispadas, plenamente convencido de que mis compañe-



Un indio Maoes.

ros, no atreviéndose á deshacerse de mí, habian resuelto aprovechar todas las ocasiones que podian serme funestas, y que la de aquel momento les habia parecido mejor que la de los caimanes. Sabian por



La preparacion del veneno curare entre los indios.

ciertas señales que involuntariamente hice, que no me perdiere, no lo hubieran considerado culpa suya desembarcáramos en aquel golfo; en caso de que sino mia, y despues de repartirse todo lo que te-